

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO LVIII

MADRID 8 DE SEPTIEMBRE DE 1914

NÚM. XXXIII



BELGRADO — DESTROZOS CAUSADOS POR EL BOMBARDEO DE LAS TROPAS AUSTRIACAS

LA GUERRA EUROPEA

Fot.ª de Central News.

Acomodóse la charanga en el coro, en el que se sentó ante los atriles, que blanqueaban con el papel de las partituras; sentóse enfrente la tropa, en los bancos del crucero, y el público, público de señoría, distinguido y numeroso, se acomodó en otros bancos, á lo largo de las naves; todo el mundo llevaba su libélula. Un caballero, de levita, conduciendo un montón de ellas, las brindaba á los que no las poseían; yo mismo hubé de aceptar un tomo para no desentonar; estaba escrito en escésos.

Huelga decir que no entendí una palabra de la ceremonia de que fui testigo. El público esperó algunos minutos, y yo esperé, picado de curiosidad, lo que él esperase. Y á poco, como un cortejo de fantasmas, cruzó la nave mayor una extraña y lenta comitiva: un señor de luenga barba rubia y gafas de oro, vestido con una como amplia toga de grandes mangas con los bordes de raso grana, y detrás de él hasta seis ó siete señoritas, pálidas y dulces, aunque de inexpresivo rostro, igualmente vestidas con anchos ropones, sólo que con los cabos morados ó violáceos; todos cubrían su cabeza con birretes negros, y llevaban sus libéllas correspondientes. Con pausado andar dirigiéronse á una alta tribuna de madera, en la que se encaramó el *clergyman*, aposentándose á sus pies las jóvenes espectros. La concurrencia, que se había puesto de pie, tornó á sentarse; reinó un breve silencio, y en seguida la muchedumbre, requiriendo sus libros, rompió en un cántico monótono, de uniforme cadencia, al que acompañó en un piano sostenido la propia charanga. Yo aguardaba los acordes del órgano, pero de ningún modo la música militar, y declaro que no resultaba mal tan extraña combinación de unos salmos litúrgicos con el sonido de los instrumentos de viento, de las trompas, de los cornos y de los cornetines. Predominaban en el canto las voces de mujer, y el metal obedecía á un diapason muy alto, produciéndose así un conjunto de agudo timbre, sin clausuro, á todo tono y de un efecto singular.

Si de St. Giles al Castillo había empleado una hora, atajándose la marcha á cada instante las casas viejas de High Street, desde la catedral á Holyrood tardé dos, subyugado por los vastos edificios de la Canongate. Y no era ya solamente el encanto intrínseco de su traza, de las mil irregularidades pintorescas, de sus viviendas anónimas y vulgares, de sus ventanucas desimétricas, sus puertas con cobertizos, sus *guardillones* como gajos de ladrillo, sus escaleras adosadas á los muros, era el interés histórico de no pocas de aquellas moradas, ennoblecidas por recuerdos de muertas grandezas. En la Canongate equivale á vivir tres ó cuatro siglos atrás. El pasado de Edimburgo subsiste allí, en sus fábricas nobilísimas, escrito con el lenguaje simbólico de los recuerdos. Las generaciones de *prickers* que en ellas florecieron se han extinguido, pero quedan los techos que las albergaron, para perpetuar su memoria; queda el reloj de Tolbooth, suspendido en lo alto de una cornisa, junto á un torreón, colgado como una jaula en unos aleros, y que viene dando la hora á la ciudad desde el año de 1591; queda el balcón corrido y los dos torreones de agudísimas techumbres cónicas, erguidos juntos sobre la acera, como dos pilones de azúcar negra, de la mansión de los Condes de Morny, donde en 1648 estableció Cromwell su cuartel general; queda la arquería, en que Carlos I armó caballero al lord Grovost en 1633; queda el extraño y típico patio, enteramente de granja, del recinto de White Horse (el caballo blanco), sitio de congregación en 1624 de los oficiales del príncipe Carlos Eduardo; queda coronando una venerable puerta, esculpido en la piedra, el clásico emblema del antiguo gremio de artesanos: una Biblia abierta por el salmo 133; queda el Queen Mary's Bath, el baño de la reina María, una rara torre que parece un carrete, en que se asegura que se bañaba la Soberana en una pila llena de vino blanco.

Y he aquí que surgía ante mis ojos como monumental y característico remate de Canongate, á la manera que el Castillo lo es de High Street, el palacio de Holyrood, emplazado ya en las afueras, entre colinas, con sus torreones en los ángulos, su fisonomía de vivienda señorial antigua, y sus dos manchas escaerata en la entrada principal; los cornetines de highlanders, resaltando sobre los murales negros y sombríos, testigos de una de esas tra-

gedias no menos sombría y negra, á estilo de las de los Médicis de Florencia; el asesinato de Rizzio, el favorito de María Stuart, en su propia presencia, á pesar de haberse disfrazado con las ropas de su señora. Vi la capilla, vi el Parque, vi el Cuerpo de guardia, vi la fuente del patio, vi los supuestos retratos de los Reyes de Escocia en la galería de pinturas; pero la regia tragedia de amor me atraía sobre todas estas cosas, con su fascinación pasional, robándome la atención, concentrada por entero en aquel rico lecho, en aquellos sillones, en aquel dosel de la alcoba de la Soberana, de donde fué bruscamente arrancado el galante italiano, para caer muerto junto á la escalera de la Cámara de la Audiencia, materialmente costoso por cincuenta y seis puñaladas.

* *

En la cúspide de Calton Hill, la colina próxima á la plaza de Waterloo. Diseminados en la cumbre los pórticos griegos del monumento á Nelson, cercados de verja; la columnata circular y la cúpula del de Burns, la torre del antiguo Observatorio. En la serenidad de la altura y en la amplitud del horizonte adquieren una mayor intensidad simbólica que eleva las ideas. Un poco más bajo tres venerables y arcaicos cañones cogidos á los rusos en la campaña de Crimea. Por encima de las masas de árboles de las laderas, la población vieja, que extiende al Sur sus millares de techumbres con los innumerables monolitos de sus chimeneas, desde Holyrood al Castillo; por el Norte la ciudad nueva y la infinita campaña hasta los puertos de Leith y Granton. Es un panorama espléndido, velado, á pesar del sol, por una bruma flotante que envuelve las cosas como con una gasa negra. Al pie el Regent Road, por donde pasan los tranvías de Portobello.

La una por el meridiano de Greenwich. Sábatamente desciende una esfera de lo más alto del monumento á Nelson, y en las almenas del Castillo estalla á la vez la seca detonación de un cañonazo. Es la señal que indica á la ciudad la hora fija. Si fuera posible levantar á un mismo tiempo todos los techos de la población, se encontraría á sus moradores dándole á la aguja de su cuadrante.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS CORTAS

DEL PLAYAL

LA JÁBEGA

Número 38.—Lema: Via Crucis.

I

EL COPO

—¡Leva la leva, que son boquerones!...
—¡Iza la gandinga, muchacho; diqueta la morralla!...
—¡Avante con la tralla, chaveal!... ¡Zafa y aferra!... ¡Al largo y reviral!... ¡Atraca la leva!...

Todos viraban y aferraban la eslinga á la guindalera, hundían en la playa los pies morenos y hablaban con fe la jábega, tirando por igual de los dos brazos del copo. Iban colocados en dos largas cadenas que pasaban y repasaban sin fin, al aire las enerespadas greñas y abiertas las deseuidadas camisas, y cada uno recibía en el inclinado semblante la arena que despedía con los talones el que por delante llevaba. Al rendir viaje, desligraban rápidos la eslinga de la beta, tornaban á ligar en la cola y renunaban, jadeantes y sudorosos, la lenta y trabajosa faena, animándose sin cesar con sus ruidosas y prolongadas exclamaciones, que formaban, á veces, como un monótono canto, pero que, por lo común, sólo era ensordecedora algarabía en jerga totalmente ininteligible.

Picaba el sol de Abril y dormía la mar. Pausadamente se aproximaban las flotantes pieles, henchidas y alquitranadas, que, á guisa de boyas, regulaban la marcha de las redes, y conforme arri-

haban, eran separadas del arte y retiradas á banda y banda del mismo, quedando, al solejar, como anfibios estecados de húmedos y reticentes lomos. Viejas *gandingeras* con grandes cestos de caña, vacíos, al *regazo*, sentadas cara al mar, los pañuelos, de colores vivos, caídos sobre los ojos, aguardaban, pacientes y silenciosas, el final del lance, mientras rebullían, chapoteando las espumas del rebalaje, chicleos encuerinos, y arriba de la caleta, enroscándose, poco á poco construían simétricas pilas las dos maromas interminables. Á Levante, mar adentro, se mecía la barca.

Una tras otra, fueron tomando tierra las levás, y, á la vista de éstas, sucedió en el agua la de los primeros corchos del aparejo: las trallas quedaron terciadas á los cuerpos, á la bandolera, y las redes, goteantes, llenas de algas y haciendo anchas curvas de trecho en trecho, ceñidas por sus bilrotas de barro coeido, que aparecieron entonces, fueron cobradas á brazo. Una sardina, una estrella, una boga llegó de vez en cuando presa entre las mallas, toda agitación y tola destellos. Los muchachos comenzaron á arrojar puñados de guijarros contra las olas, frente al seno de la suerte, porque el pescado no se huiera por delante, y conforme el copo se aproximaba, ibanse levantando las abuelas y se acercaban, paso á paso, al sitio de recala, del que fueron quedando distanciadas por la paulatina reunión de las guías. Tras el copo comenzó a bogar de arribada la barca, y con ello aumentaron las destempladas voces, á las de tierra, mezclándose entonces las de los hombres de á bordo, que animaban á sus compañeros á terminar prontamente la maniobra.

—¡Jureles, jureles, á cuenta caso!...
—¡Caso á cuenta por las sardinas!...
—¡Á treinta y cuatro los doy!...
—¡Por boquerones, á treinta!...
—¡Pa las anchovas, hoy!...

El copo apareció por fin. Resoplando de fatiga, lo cercaron todos, hasta la roñilla metidos en el agua; cien negras y avarientas garras lo aprisionaron afanosas; lo izaron!...

Un grito, una maldición fulminada por el espacioso boec al unísono, atronó de repente el espacio: ¡La Señalga y los tres pelos!...

Después de dos horas de tan rudísima brega, la red veía casi como fué en la embarcación: ¡pi diez tristes carniceras traía!... Nada; de pijotillas abajo, todo el pescado menudo escapó por cuatro brechas, tamaño como coquinos, que algún *rascario* brujo, hijo de siete padres, se entretuvo en abrir en el propio seno; y del pescado gorlo, por aquella vez, ni de oídas, que quiere decir, ni agua... En total, un mal rancho de rapés con *jipi* y cuatro pulpos de corralón, algún dentón, varias estrellas almejaeras, algas y erizos... ¡y ni un mal trabaucazo de clavos viej s para el que tuvo la culpa, que no fué otro sino el *Calebra*, quien enlo la redal!... Con mentario solamente había bastante para enchar. Comenzó estrepitoso retahila de improprios contra el *Calebra*, el mar, los *rascarios*, la mala luna y el mundo entero; los que casaban sardinas con jureles por cuenta y cuenta, los de las tres paries, los de los siete *caurlores*, hasta los chiecos y las viejas de la menguada *gandinga*, todos en renglón vomitando injurias, amenazaban con los puños á las blandas olas, que morían hipócritas lamientotes los pies...

La barca en esto embarrancó en el guijo, y el patrón brinó á tierra, tratando de hacerse oír entre aquella barafunda.

—¡Á vará, vamo ja vará!—gritaba en medio de la andana de gente, abriendo y cerrando los brazos.—*Er Caurrelagente y er Saramatice* puen di á tomá un boeco y gorvé aluego pa remendá la ré. En er lanse e la tarde nos desquitaremos, muchachos; ¡ya veréis qué estival!... ¡Ea, toos á los parales ahora; vamos á vará la embarcación! ¡Al avio!...

¡Al avio! ¡Á vará!... ¡Otro buen rato de esfuerzos!... Entre refunafuños y airados ademanes fueron arrastrados los parales con sus estrovas de cáñamo cien metros por la ribera, y ensabados luego y puestos en escalera frente á la barca: un suspiro del mar suspendió á ésta primero de popa, después de proa, y la quilla mo dió en el delantero. El patrón, para reunir los impulsos de sus hombres, que se habían repartido por borda y borda, comenzó á cantar la maniobra:

—Vamo á una... ¡áaa... una!
—Asido éste á un tolete, agud hundidos los dedos en una chumacera, quien aferrado á un chicote de

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO LVIII

MADRID 15 DE SEPTIEMBRE DE 1914

NÚM. XXXIV



PRIMER MARINERO DE LA ESCUADRA INGLESA DESEMBARCADO EN OSTENDE (BÉLGICA)

El marinero que reproduce nuestra fotografía es un telegrafista que conduce á mano su lámpara y la mochila con banderas de señales.

LA GUERRA EUROPEA

Fot.ª de Hugelmann.

la maligna astucia con que Horra Janata procuró sobornar á los moros aliados de España, no bastaron á impedir que el general Manso y sus legiones desbaratasen la hueste marroquí. Y con tal descalabro concluyó el prestigio de Ripperdá y se convenció Abdalah que le convenía estar en amistad con el Rey de España.

La desesperación de Horra Janata al ver derrotados á su hijo y á su protegido el holandés no tuvo límites. Vió que el oro no es tan poderoso como ella pensaba, y en los espasmos de ira que conturbaron su alma decía:

—Affligió á mi reino una plaga de muerte que dejaba desiertas las ciudades, y ni sus tesoros compraron de los sabios de Egipto el remedio que acabó con el maléficio. Un terremoto asoló estas comarcas en el año 1169 de la Hégira, y se tragó

DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS CORTAS

DEL PLAYAL

LA JÁBEGA

(Continuación.)

H la sazón un misterioso pesar, que él se obstinaba en mantener oculto, anulábase de continuo el semblante de *Culebra*. Más adelante se verá á qué negra causa obedece.

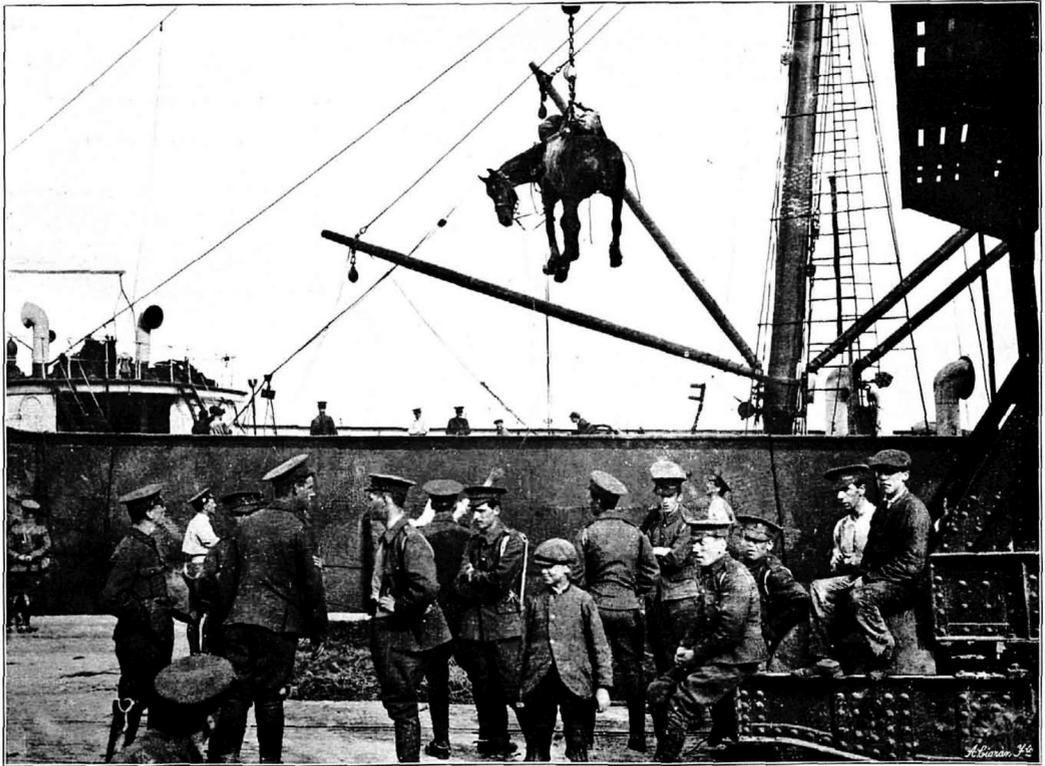
En tierra la mirada, de camino al Pedregalejo, más que atento á sus pasos, lo iba á sus medita-

Cuando Juan Bautista aportó al bohío, estaba ella ante el fogón, á punto de soltar en la humeante sartén un puñado de pescado crudo. Soltólo, salticó el aceite, y del anaíre surgió repentinamente llamarada, que sorprendió al recién llegado é hizo que *Pepa* se volciese, las manos sobre los ojos.

—Pero, demonio, ¿qué haces?... —saludó Juan.
—Arró con clamores, salao —manifestó ella con calma, corriendo á besarle.

Besóla Juan, y fué luego á sentar junto á la ya preparada mesa, sacando de entre la faja su *cachimba* y poniéndose á rellenarla.

—*É compare* vino conmigo de conserva. Habló mientras—pero en lo tocante á platicar, ni del tiempo. Me da en el botolón que no navega con los papeles en regla desde algún tiempo á esta



DESEMBARQUE DE LA CABALLERÍA DEL EJÉRCITO INGLÉS EN BOULOGNE (FRANCIA)

LA GUERRA EUROPEA

Fot.º de L. N. A.

una villa de once mil habitantes. Mis tesoros recedieron al pueblo destruido y le repoblaron. La guardia negra se levantó cuatro veces contra mi hijo, y otras tantas la trajo á su obediencia el influjo de los sacos repletos de monedas. Pero he aquí que el prestigio de la riqueza se desvaneció ante un puñado de hombres que creen en el Dios de Judá. Ellos son más fuertes que el oro.

Y aconsejando á Abdalah que ajustara paces con los castellanos y permitiera la labor catiquista de los misioneros franciscanos, se rindió ante estos humildes siervos de Dios y los rogó que bendijeran al Sultán y á sus súbditos.

T. SERRANO.



ciones, y su acompañante, pareo de por sí en palabras y enemigo de imbuirse en ajenos interiores, dejábase entregado á sí mismo. Pocas fueron las frases que se cruzaron entre ambos durante la marcha. Frente á la Torre de San Felmo paráronse lo preciso para ponerse una *insersión* de *Ginebra*, y luego, y en dando vista al verde parra que ornaba la vivienda del patrón, situada al final del barrio, se despidieron, dirigiéndose el sombrío *Culebra* hacia la izquierda, por donde se hallaba la suya.

III

«COMARCESITA MORAGA»

Comarcesita cantaba; su voz firme y cristalina se salía por puerta y ventanas, y llenaba el silencioso camino: El nácar...

¿Tú te dicen el nácar,
Y en la puerta da la luna...

parte; no parece sino que le han cogido en un alijo, según está.

—Pos mira, si así fuera...—comenzó *la Moraga*, de súbito estremeceida, como contentándose.

—Pos daría en la *trena* mu fácil —apuro Bautista. —¿Quisieras?...

—Y en presio que fuera, por canaya...

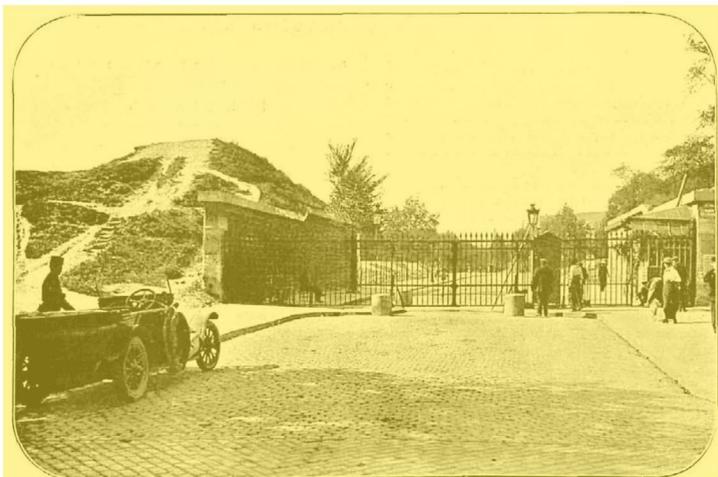
Juan soltó el trapo á reír. Levantóse de la silla para ir á encender la pipa en el anaíre, y chapando estaba, y reía que no podía más.

—¿Arguna nueva charraná que le habrá jugno el hombre á *la Caerua*?... Y bueno, mo es pa tanto, mujé!... Ya sabemos quién es el *compare*: á enamoro, se quea solo. Pero mala persona no lo es, en medio é tóo...

La Moraga iba y venía porteano nerviosa viandas y caeharros. Al parecer, no atendía á Bautista, quien, sin dejar de reír y de disuipar al *Culebra*, tornó á su asiento, fumando y siguiéndola con la

mirada. Vestía ella blusa encarnada de *colonia*, suelta, escotada y de mangas cortas, y falda oscura de bajos encañonados, con adornos de randa; llevaba peinetas de luces y un gran clavel de encendida grana entre el abundante cabello negro; de sus orejas pendían dos largas sargas de menudos corales, y calzaba *vaucianzas* rojas de cáñamo.

Contemplándola Juan, bendeceía una y mil veces su buen acuerdo al desembarcarse y tomar estado, y no ya contramaestre ni piloto de alto rumbo en mercantes veleros deseaba verse, que ni por el propio comandante del acorazado *Petago* se hubiera cambiado. Aquel su cuarto sencillito, cuyas enjalbegadas paredes estaban cubiertas por calcos, redes, bicheros y estrillerías; con sus cuatro viejas sillas de bejuno; su cómoda, sobre la cual campaba la del Carmelo, y su platero y vasar, cuyas vasijas, colocadas en andanas, rebullaban de puro limpias; aquel su cuarto, con *la Moraga* dentro, valía para él más que el barco mejor de la mar y que la mar entera con todos sus barcos juntos; y sí, según se afirma, y es cierto, la mar engríe y atrae al



LA PUERTA DE VILLIERS

da, en efecto, era pagado por *la Moraga* el amor de Juan; y si dichoso era éste con verse querido, no lo era ella menos por el querer que en él reconocía. Pasó lo que pasó, y todo se andará; pero ello no obsta para afirmar que se querían entrambos, como bien claramente vieron todos los de la barriada, en donde no hubo lenguas sino para alabar á una y otro por honrados y por buenos.

Surgió un mal nacido, sin embargo (háganse cruces); un mal nacido hubo que el tal cariño y la tal honradez debió de tener puestos en duda, acaso por considerar al amor como cosa buena sólo para libros y teatros, y como á la carabina de Ambrosio á la virtud; y no fué otro el tal sino aquel precisamente que más pruebas tuvo de las altas dotes del matrimonio; que así parece dispuesto el mundo, y acaso sean necesarios en él ingrátitudes, males y viejos, no por otro motivo que para hacer resaltar con ello á virtudes, bienes y agradecimientos. No es preciso nombrar quién fué; ya con dos palabras le condenó la



TALA DE ÁRBOLES EN LA PUERTA MAILLOT

que en ella nació y vivió con ella, á él tampoco le faltaba la mar, pues ni un solo día se pasaba sin sus arrullos ni le había negado aún, madre generosa, aunque ruda, el pedazo de pan que comía.

En *la Moraga* adoraba cuantos cariños le faltaron siempre, pues de la cuna fué llevado á bordo de un bergantín, porque su madre murió al darle á luz, y á su padre, que, muy á poco de este triste suceso, tragó una ola de las que los marinos llaman *preñadas*, apenas le había conocido. Fué gato de á bordo en dicho bergantín primero; grumete, después; marmitón ó *repostero*, luego; marínero, por último; sus maternales besos y caricias los supieron zurrigazos de rebenque (que no suele hallarse dotada la gente de mar de todas las cualidades de una buena nodriza), y sus primeros juguetes fueron las ratas cazadas en la sentina y los furibundos marrajos y gólfines, á los que barría los desperdicios de comida por los imbornales, entreteniéndose con sus giros y disputas.

El trato de á bordo crióle huracán, pero no secó su corazón, que al hallar una vislumbre de amor en *la Moraga*, en amor se desbordó todo, y le hizo por entero feliz. Jamás con tanto agrado llevéase á cumplimiento por cristiano alguno la postrera voluntad de un amigo, como el que mostraba Juan Bautista en realizar la del difunto *Bilácora*, y jamás ejecutor de tal ídolo de encargos halló su trabajo tan bien premiado: porque amor con amor se paga, y en esta moie-



TRINCHERAS PARA ARTILLERÍA EN LA PUERTA MAILLOT

TRABAJOS DE FORTIFICACIÓN EN PARÍS

LA GUERRA EUROPEA

Fotografías de Meurisse.

Moraga, y ya como en la vuelta habida en su carácter, motivada por la repulsa rotunda y fría con que por ésta fue acogido el más insensato de sus designios ¡Ay! *Calebra* le decían, y por Dios que el tal mote, que consiguió de chicle en fuerza de arrastrarse, de plegarse en una rendija, de prepararse, flexible, enroscado a un árbol, de esquivar diestro el cuerpo á una mala cornada, no podía estar más apropiado! *Calebra*, no otra cosa que un vil reptil era en cuerpo y alma, hecho lo que hizo: su bello era la propia de la serpiente de cascabel, cuyos ojos, que son alma, atraen, para que el poder de su cuerpo destruya.

Con razón hablaban sus compañeros: «Anda, y que los mengues carguen con él; porque la flor que huele, se seca, y porque en donde respira entra el hús; porque al que es su amigo, le echan el mal de ojo, y cuando duerme, sueña, y cuando come, se le agría lo que come, y cuando bebe tiene mal vino, y cuando juega, pierde, y cuando va á saltar, cae, y cuando caído intenta levantarse, se da con algo en la nuca y es muerto». Nada, no fué otro sino el *Calebra*. Hacía entonces dos noches de esto. Mientras su buen amigo el compadre *San Juan* subía á Málaga á merecer lías de esparto para el aparejo, él se presentó á *la Moraga*, y, sin más ni más, la habló de un gran querer que le achicharraba el alma; rezó el indio, que no habló; ¡hasta lloró en su rezó!

—*Moraga*, dame una mano... ¡Dame un beso, aunque luego me des un tiro!... Esto y esto me pasa... ¡Querías que no, el cuento de sus achaques: lo que sufría él, que antes que nadie la quería. Que él era malo porque hacía traleón al que más debía en el mundo, por salido; pero el querer no repara en razones, sólo de querer se sustenta; que él se abrasaba, enfermaba de deseos, se moría...

Ella, lenta, pudo alcanzar la puerta y huyó, se refugió en una casa vecina—la conocida barbería de *Olray*, en donde entró con la excusa de preguntar por su esposo, —trastronada, indignada, en doloroso arrebató ante tamaña desvergüenza, ante tal crueldad, vista en persona de personas nacida y no de vitrolas y calimanes; lacerada en lo profundo por haber escuchado aquella lengua, que se torció y se retorció y serpentó como rabe de agenzinante lagartija...; y por haber estrechado la mano aquella, que tenía la frialdad y la viscosidad de la barriga asquerosa de un sapo...; y por haberse mirado un punto en aquellos ojos, que de llojo hicieron rielar en los suyos el ansia del hurón que olfatea la leche...

—¡Ay, el compadre *Calebra*!... En presio y ajoreo también... De él, en viviendo, ni aun la salvación—¡repetías ahora, ante el recuerdo de la torcedora escena.

Los calamares detonaban en la sartén, y Juan Bautista fumaba su pipa, bien ajeno de lo ocurrido. Fumando, fumando, aun refán del violento apóstrofo lanzado por *la Pepa*, tomándole como resultante del conocimiento que ésta tuviese de algún nuevo enredo del *Calebra*, y de nuevos disgustos originados por ende á la infeliz y acibarada *comare*; enredos que él, como varón, discutaba, pero que tan á malas suelen tomar, y con razón, las mujeres.

¡Ah, si hubiera podido imaginar que con su propia esposa se atrevía el que como á un hermano miraba!... Pero esto era imposible, y tanto no podía imaginario en él, cuanto seguro estaba de su amistad; tenía en mucho, por otra parte, la virtud y la firmeza de *la Moraga*, y con sólo el pensamiento de si ella pudiera ó no resbalar, hubiera creído ofenderla. Pasó lo que pasó, empero, que veleta es reputada la mujer, y huracán que por todos los cuadrantes rola, el amor; mal librado saliera quien lo que hubo de suceder profetizara entonces á *Pepa*, pues ella misma no pudo nunca explicar con palabras lo ocurrido; y, no obstante, el absoluto imposible poco á poco surgió á través de la duda, se encaramó á lo factible, se convirtió en hecho...

—¿Y qué pize de nuevo, en fin?—deseoso de saborear una pizeta historia, preguntó *San Juan*.

—Si en comiendo lo ves, él te lo diga como de hombre á hombre, si quisés saberlo. Pero me figuro que nã va á sacar con ojo. Son sus místicas de siempre, y no valen la pena de que nadie se ocupe de mentarlas... ni á él ni á ellas...

Vertió de súbito *comaresita*, luego de tales palabras, un gran golpe de agua en la sartén, y hubo un furibundo chirriar del hervidor aceite, con el que, sin duda, contó para interrumpir la escu-

brosa plática; después, y mientras en apariencia serena ultimaba sus preparativos, porque ésta no se reanudase dió al aire un muy trinado floreo, como preludio de su sonoro cantar, el que de nuevo se salió por los umbrales y pobló la tranquila carretera.

IV

ER LANSSE E L'ARBA

Poniente duro. El lance de por la tarde hubo de ser suspendido, y aunque al anoecer tronó y cayó agua recia del cielo, con lo que amainó el vendaval, la mar quedaba aún sueña y saltante el alma. La gente, sin embargo, habló de baste con el agua; el agua se barruntaba ya desde por la mañana por el picar del sol; pero el viento había caído, y ya se sabe: «¡A chubasco pasado, tiempo de buquesones...» Como la bonanza de primera noche sacó contraste, y el cielo mostró estrellas por diferentes escotillas, *San Juan* se dejó convencer, y mandó aviar para el lance.

Las tres, pues, serían de madrugada cuando pasó por la casa del *Calebra*, y éste se le juntó, encaminándose ambos al sitio de la Caleta, por donde varó la barca. Hallaron ésta en la mar cabeciendo, ya lista: las infladas levas en racimo á popa, la beta en rimeros sobre el plan de las varangas y las redes á proa, cabe el puntal, de donde, á guisa de baurpés, se salía largo bichero por encima de dos grandísimos ojos pintados por mascarón. De la quilla de la embarcación y de los regalajes que en la playa dejaban las olas, se desprendían fugitivas fosforescencias. Llevando las manos á la boca á modo de bocina, lanzó Bautista grandes y repetidas voces, y á la quebrada luz de las estrellas, próximas ya á desvanecerse, se recortaron á poco por la ribera, sobre el playal, las siluetas de varios hombres que salían de una frontera *lascu* y se acercaban presurosos.

—¿A la pã je Dió, patrón—saludaron.

—¿Los buenos días que nos dá.

Desacidos, y seguidos de cuatro de la cuadrilla para los remos, una vez que la barca estuvo atracada en tierra, *San Juan* y el *Calebra* brincaron á su bordo entre ola y ola. Un extremo de beta que largaron luego fué aferrado á la pernada que sobresalía de un viejo anclote, medio enterrado en la arena, por dos hombres que en la playa quedaron, á quienes acompañaba un marinero de la Tabacalera, y que de la misma pernada zafaron en seguida el chicote que sujetaba la embarcación.

—¡Listo! ¡A recalá con buena mano, patrón. *Calebra*, como te traigas la negra, ya te pús embarrá pa er moro.

—No dirse toos ar bodegón, mirá no se zafe la beta...

El *Calebra* requirió el bichero, y viró sobre él á estribor, corriendo por la regala de proa á popa y haciendo al Sur; los de los remos cieron en favor de la maniobra, y al ¡vante! de *San Juan* todos bogaron á una, situándose éste junto al botón, de cara al agua.

En los días de calma, cuando la mar dormía, sin que su superficie fuese rizada por la brisa, desde dicho puesto el patrón iba registrando el fondo, y dirigía la embarcación allí por donde veía rebullir la plata de las esenmas, mandando con la voz, con la mano ó con el gesto: «¡Cia de babor!; ¡Templando, poco á poco!; ¡Avante ahora!... Esta mañana, por lo sueto de las aguas y lo temprano de la hora, el fondo era invisible, y si él avizoraba las olas, no era pretendiendo ver sendales ni bandadas de diontes; su objeto era hoy evitar algún posible choque con cualquier flotante resto de los que suelen aparecer en silencioso bogar hacia la playa, lentos y graves, como poseídos de su alta misión, que no es otra sino servir á su arribada de testigos de alguna espantosa tragedia de alta mar.

El *Calebra* y el *Saramatita* calaban, mientras, la beta interminable, á la cual de trecho en trecho, y valiéndose de hebras de alquitranada filástica, iban uniendo las levas. Quedaba mar, y lo cercano de tierra hacía pesado y dificultoso el lance, casi anulando la resaca el trabajo de los remos. La barca avanzaba despacio, y su equipaje tenía que aguantar más de cuatro roceones por la proa y por estribor. Er porvo der camino, que decía Bautista, sacándose. Terminada la primera *banda* de beta, vino á calarse la primera de red. Pero, no más que al comenzar con ella, hubo de quedar interrumpida por un grave accidente: el *Calebra*,

perdió el equilibrio en un valvén, había caído de cabeza al agua, enredado en el aparejo.

—¡Con quinientas cajetitas je demonio!—gritó su compañero de popa.—¡*Er Calebra* á pique!

San Juan voló por la borda. El compadre *Calebra*, enredado y arrastrado por la red apellucada, luchaba en vano á varios metros por la popa para no hundirse. Unas veces mostraba los pies, y otras la cabeza, pretendiendo, sin fruto, desenmarañarse; se ahogaba, sin remedio. El *Saramatita* se tiró en su auxilio; viraron, rápidos; pero el *Calebra* flojeaba, bajaba ya. Aferrado al aparejo, *Saramatita* luego; más lento encendarse como su compañero, y lo largó á poco, brancando arriba. Desde la barca, con un coete, desmulló la red *San Juan*, por cobrar aprisa, y tras mucho trabajar, consiguió, por fin, engarilar por la faja á su compadre, izándole á bordo. Pero venía muy malparado, hecho un plomo; de los oídos le manaba sangre, y los ojos, que traía entrecierrados é inmóviles, le hacían como sin vida. Ayudaron á embarrar al *Saramatita*, que entró con reniegos y maldiciones por el chapuzón inútil, y en seguida el patrón y el *Cuarentagente* pusieron boca abajo al *Calebra*, asegurándole los pies á un banco, y dejando que su cabeza descansasa sobre el empanado; le sobaron el estómago, le tiraron de la lengua, practicaron cuantos remedios para casos tales conocían, y aunque mucho dió que hacer para ello, por fin pareció recobrarse y tornar, pasado un grande y angustioso rato.

—¿Cántate argo, moreno—suspirando á gusto, dijo uno entonces.

—Creí que no lo contaba—murmuró con dificultad el *Calebra*, dejándose colear de espaldas. Llegó, y en viendo todo mojado y maldiciente al *Saramatita*, añadió, dirigiéndose á él, creyéndole autor de su salvamento:

—¡Gracias...

—¿A tu compadre. Pa mí, si eres gustoso, una doble maeeta e ginebra, en desembarcando que desembarquemos.

El *Calebra*, tortuoso, contempló á Bautista. Luego intentó levantarse para volver á su quehacer; pero ni aun incorporarse pudo; dejó caer la desmadrada cabeza. Llena de sordo rumor; entornó los ojos y quedó inmóvil en su sitio, nuevamente perdido el conocimiento. Á su vera se sentó el *Saramatita*.

Los demás pusieron mano á desenredar la parte de red que se fuese al agua, y una vez todo en condiciones, cada cual ocupó su puesto, excepto el *Calebra*, siendo *San Juan* el encargado de ir largando el aparejo en su lugar.

El sol, en este, comenzó á puñalada limpia las brumas de la aurora. Hecho firme tras el pequeño cabo de Levante, denominado *Punta-er-deo*, á ésta tomo y á ésta deo, la emprendió con las plomizas nubes, que repentinamente se arrojaron corajadas y se aprestaron á resistir. De un lado la brisa Sur que ahora reinaba, el enemigo sol de otro, quisieron acorralarlas y destruirlas en un punto; pero ellas, en torlos y en bayras escudroneadas corridas al Norte, reforzándose con numerosas reservas en aquella su primera retirada, de nuevo pretendieron comenzar la batalla. El enemigo del Este enoñeó mortal, y por su fuego protegido arremetió el del Sur con arrollador empuje. Volvieron grupas los escudroneos, en trance de ser copados, y se empujaron y atropellaron, y perdieron posiciones, dejando en el campo muertos y heridos. Artillería y caballería en su seguimiento, muy á poco vídronse diezmarlos. Desastre, carnicería total: los no muertos, malheridos, deshechos, espantosamente rajados de cabeza á pies... Estocadas, tajos de revés, botes de lanza; fusilazos, balas de cañón, explotadoras granadas... ¡Ay... las nubes!... Gritetas aplomadas, rojas, aparecieron en ellas, y vióse rauda correr la sangre, y sangre y sangre fué cubriendo al cielo poco á poco, hasta que todo él por Levante no fué sino una pura mancha bermeja. Escudo gigantesco de encendido oro entonces el sol, escudo cuya frente se tiñó de rojo al izarse victoriosos desde el mar al alto, pasó sus rayos vencedores por el llano Levante y extenso. De la *Punta-er-deo* se alzó á la Cala, á los Cantares, al Palo, al Morlaeo... á todo, deslumbrante, fué llegando por tierra y por mar. La barca arribó, y el caer del eop en el agua pareció sacar lumbre en chorros de ella. Como por entre llamas se fué avanzando, y se caló el segundo ramal de la jálbeja, ya en demanda de la Caleta. Cuando en ésta se atracó y se arrió el cabo de beta, hermano

del que quedó firme en el anelote, el patrón mandó al *Saramuñera* y á otro—el *Cuarta e libro*—que conduxesen á su casa al *Culebra*, quien sentía algo como frío en los huesos, y precisaba acostarse. En la frontera *lasea* del *Grajo* fueron despachadas varias *dobles*, y luego, y en apretado grupo los tres, emprendieron la marcha al Pedregalejo.

La *Moraga* les vio pasar por delante de la tienda en que á la sazón se hallaba comprando, y al fijarse en el *compare*, exangüe, olvidó sus rencores, y no pudo por menos de gritar, porque todo su buen corazón le vino á la boca:

—Pero ¡vágame la Vinge! ¿Qué ha pasado?...

—¡Casi ná! Que si no *vega á ser por tu marío*, se ajoga éste, sin decí ni siquiera peseno frito—contestó *Saramuñera*.

ANTONIO PEDROSA.

(Continuará.)

“VIZCONDE” TENÍA ALMA

¡Qué diablito de Julieta—¡que hasta el nombre tenía bonito!—me hizo abandonar la mesa aprensivos habíamos tomado el café, y cuando sus padres y yo empezábamos á enfrascarnos en una agradable conversación de sobremesa. Pero yo nunca he sabido resistirme á los caprichos de una señorita de ocho años.

Iba delante de mí, llevándome asido de una manga, y de vez en cuando volvía la cabecita y me miraba como en demanda de perdón por su atrevimiento.

—Ya verás, ya verás—me decía, para mantener viva mi curiosidad.

Antes de bajar al parque, en la amplísima escalinata del hotel, tuve un rasgo de independencia.

—Suéltame, Julieta. Voy á encender un cigarro.

—Bueno, anda; pero de prisita.

En seguida volvió á cogerme de la mano, y á paso rápido cruzamos calles de árboles, atajos y plazoletas.

Quise preguntarla y me contuve. El misterio sonriente que chispeaba en sus ojos *adormecía* mi voluntad. ¿No hay en el hombre una insaciable avidez de lo desconocido? Y dejarse conducir al azar por una muñequilla como mi amiga Julieta, ¿no es correr á una cándida aventura, tan atractiva por ser aventura, como dulce por ser cándida?

Sin embargo, como el aire abrasaba y el sol hería cruelmente aun á través de las copas de los árboles, me sentía ya fatigado y estaba á punto de rebelarme cuando Julieta me dejó libre y se me adelantó en cuatro saltos, gritando imperiosamente:

—¡Vizconde! Vizconde, aquí!

De una caseta medio oculta entre el follaje, y en la cual yo no había reparado, salió *Vizconde* haciendo cabriolas y ladrando con júbilo. Era un soberbio *setter* leonado, de largo pelo sedoso y brillante. Afirmése Julieta sobre las piernas en espera del ataque, y *Vizconde* se abalanzó á ella, le puso las manos en los hombros y le lamó la cara, como si quisiera limpiarla el sudor que bañaba sus mejillas de rosa.

Vizconde no se había fijado en la visita. Julieta se apresuró á hacer la presentación.

—Mira, este señor es amigo de casa. Ha comido con nosotros y me ha traído caramelos de Madrid. ¿De Madrid? ¿Sabes, *Vizconde*? Ya te daré uno.

Vizconde me hizo el honor de olfatearme las piernas y llevó su amabilidad al extremo de quedarse un rato contemplándome con los ojos encandilados. la lengua fuera y el rabo en movimiento.

Julieta, que le acariciaba pensativa, me dijo de pronto:

—Oye. ¿Tiene alma *Vizconde*?

Y viéndome estupefacto, continuó:

—Papá dice que el tener alma consiste en saber el bien y el mal. *Vizconde* es bueno unas veces y otras veces es malo. De modo que tiene alma. ¿Á ver? ¿Qué dices tú?

—*Vizconde* no tiene alma—contesté muy tranquilo. Y añadí, como si dijese algo importante:—No es más que un perro...

Luego he recordado que al oírme el *setter* le cambió los ojos una sombra entre cólerica y despectiva. Acaso fué no más que un reflejo de mi incertidumbre; pero yo juraría...

De todas maneras, como la conversación no podía ser muy larga ni muy entretenida, caí pronto en la cuenta de que me habían defraudado en mis ilusiones. Me volví indignado á Julieta.

—¿Y para esto, miquito, me has hecho cruzar el parque de punta á punta y á la carrera, con el calor que hace? ¡Ah, como te coja!

¡Qué más quiso oír! Mi amenaza le había proporcionado un nuevo placer. Me desalió con una mueca, y gritando: «¿A que no, á que no?, echó á correr más ligera que un cervatillo. Corrí, convertido en chico, detrás de ella, y *Vizconde* nos siguió á saltos y atronándonos con sus más alegres ladridos.

Julieta, sin dejar de correr, se volvía á retarme con la mirada. Yo, electrizado por sus carcajadas, volaba en su persecución.

Entonces vino bruscamente la catástrofe. Desde aquella negra hora, todas las alegrías me sobrecogen y me hacen temblar.

Había un estanque, un charco profundo en el camino que recorríamos. Julieta iba enloquecida, con ese pueril desconocimiento del peligro que tanto se parece al heroísmo de los hombres. Y una de las veces que volvía el rostro hacia mí, cayó al estanque, y las aguas, las malditas aguas, se la tragaron.

Llegué á la orilla, y vi unas espantosas burbujas que muchas veces, aun después, al reaparecerse en sueños, me han hecho saltar de la cama desparviado.

No sé nadar, no he sabido nunca. Es una de mis torpezas, una de las torpezas del hombre, inferior en mil cosas á los brutos. Fuí cobardie ó sensato. Lo mismo da. Dios nos ha dado la sensatez para que no nos avergüenice la cobardía. Seguro de que no podría salvar á la desventurada Julieta, aunque me arrojasé al agua, no me arroje. Aquello estaba bien pensado, pero fué un bien pensar que todavía me sonrojé. Como á la luz de un relámpago, entreí el combate de mi alma instintos de abnegación que me impulsaban á morir ciegamente, y fuerzas egoístas que lo vencían. Aromantado, me apoyé de espaldas contra un árbol. Soní que mi organismo entero se disolvía en sudor frío. Ni pude gritar. Creo que en una tenebrosa inconsciencia de bestia moribunda...

Pero debí de recobrar pronto el conocimiento. Á mi lado estaba Julieta, tendida en el suelo, muerta ó desmayada, casi envuelta en el fango. *Vizconde* me asateaba con los ojos, y gafía con una voz ultranatural, angustiada, temeroso, iracundo, ¡qué sé yo! Como si cada alarido le desgarrase una entraña...

Cogí el cuerpecito inerte, lo estreché contra mi pecho, sintiendo en todo mi ser una crispatura defibrante, y me lancé con él á carrera tendida á través del parque, voceiferando como un poseído.

Bien entrada la noche, el médico declaró que Julieta estaba fuera de peligro. No me había apartado de ella ni un instante. Con el temblor de un resaca en capilla espía el momento en que abriera los ojos, para recibir de ellos el indulto ó la eterna condenación. Cuando me miró, con esa mirada opaca de los que vuelven de un largo viaje, me reconocí y me tendió una manecita que parecía un pétalo de azucena, se la besé con transportes de placer, y lloré apretándola contra mis ojos.

Rogué á sus padres que me dejaran solo para velarla aquella noche. Quería á todo trance contraer algún mérito ante mi mismo. Mi dignidad, tan profundamente deprimida, buscaba el equilibrio.

Pero no estuve solo. Á los pies de la cama permaneció toda la noche *Vizconde*, el salvador de Julieta, mi maestro de amor á la Humanidad. No os riáis de mí si digo que su presencia me producía inexplicable embarazo. No es la primera vez que he tenido celos y envidia de un animal inteligente.

Cada vez que la enferma se revolvía en el lecho, presa de atroces pesadillas, *Vizconde* se levantaba de un brinco y la miraba atentamente.

Y hubo un instante en que me confesé inferior á él. Cuando clavó en mí los ojos badalones—¡por lo juro, ríentes y provocadores!—y me dijo con ellos:—¡Si tengo alma! ¡Si que la tengo, gazañapirol!

FELIX LOREZO.

PARA EL CUTIS

Es muy importante no olvidar detalle alguno para conservarse bella y atraente lejos de la capital, viviendo al sol y al aire libre, con riesgo de que se estropee el cutis del rostro. Para evitar que éste se oscurezca nada mejor que el empleo de la Verdadero Leche de Níxon, que preserva la piel y le da la zana juvenil. Las damas elegantes usan con resultado satisfactorio este producto, con el cual el cuello, los hombros y los brazos adquieren blancura diáfana. Existe preparado en tres matices: blanco, rosado y moreno, en la Perfumería Níxon, 31, rue du Quatre-Septembre, París.

Aconsejo asimismo á todas las señoras cuidadosas de su persona, que adopten como polvo de arroz la Fleur de Péche, confeccionada con esencias de flores exóticas, que comunica frescura ideal y delicado aterciopelamiento al cutis. Precio: 3 francos 50 céntimos; con porte pagado, 4 francos. Pídanse á la Perfumería Exótica, 35, rue du Quatre-Septembre, París.

ROYAL HOUBIGANT Nuevo perfume Houbigant, perfumista, 19, Faubourg St. Honoré, París.

PARA SU CABALLO, Señor! para la curación de las ENFERMEDADES DE LAS VÍAS RESPIRATORIAS **HUERFAGO, TOS, CATARRA**, etc. **ARSECALINA MERE** Pídanlo Reconstituyente, Efectos Sorprendentes. Único preparador: P. MERE, 40, CHATELAIN, en ORLÉANS (FRANCIA) 28, DIJONNAIS Y VALMIGNEY

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis, sana y benéfica. — Basa una preciosísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y macarola del marfil. — DUSSEY, 1, RUE D. J. ROUSSEAU, PARIS



EL GAITERO

SIDRA CHAMPAGNE
Valle, Ballina y Fernández
VILLAVICIOSA (Asturias).

Hotel St. James & d'Albany.

211, RUE SAINT-HONORÉ, y 202, RUE DE RIVOLI
El más céntrico: 300 habitaciones.
Departamentos con cuartos de baño, Gabinetes de toilette, modernos, con agua caliente y fría, W. C., Ascensores, Calefacción higiénica por agua caliente á todos grados. HABITACIONES desde 6 frs. diarias; ídem con cama de matrimonio, desde 8 frs.; ídem con dos camas, 9 frs. Luz eléctrica y servicio comprendido. Desayuno, 1.50 frs. Almuerzo, 4 frs. Comida, 6 frs. Pensión completa, desde 15, 14, 15, 16 frs. día.
A. LEROUE, Director-propietario.
Dirección telefónica: Hotel-St-James-París.

Aguas de Gestona

ÚNICAS PARA EL HÍGADO Y ESTREÑIMIENTO
Precio: 1,25 ptas. en farmacias y droguerías.
Depósito: PLAZA DEL ÁNGEL, 16, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO LVIII

MADRID 22 DE SEPTIEMBRE DE 1914

NÚM. XXXV



MÉJICO — EL GENERAL CARRANZA DIRIGIENDO LA PALABRA AL PUEBLO, DESDE EL BALCÓN DEL PALACIO NACIONAL.

[Fot.ª de Hugelmann.

están montando á bordo, y las dos calderas hálense igualmente instaladas en el buque, y en cuanto á la maquinaria auxiliar, se está colocando con sus tuberías y demás accesorios, hallándose próximas á su terminación las obras de carpintería de cámaras y paños, las instalaciones eléctricas, los servicios de achique y demás obras de habitación.

El torpedero número 10 fué puesto á flote el 15 de Diciembre de 1913, hallándose acopiados todos los efectos que forman parte de los distintos servicios auxiliares de este buque, algunos de los cuales están instalados á bordo.

La quilla del torpedero número 11, perteneciente á la segunda serie, se puso en grada el 29 de Julio de 1913, y tiene totalmente terminado el casco, hallándose listo para ponerse á flote. Las máquinas principales se construyen en Cartagena, y se han tornado las cajas de las turbinas y los motores con todos sus accesorios, habiéndose preparado las aletas para las referidas turbinas.

La quilla del torpedero número 12 fué puesta en grada el 29 de Agosto de 1913, y tiene terminada toda la obra metálica del casco, á falta de algunas planchas de forro exterior; se han colocado los herrajes y otros accesorios de cubierta, y se ha probado con buen éxito la mitad de las secciones estancas del buque. Las calderas se construyen en el arsenal de Cartagena.

La quilla del torpedero número 13 se puso en grada el 30 de Agosto de 1913, y al finalizar el mismo año estaba terminada toda la obra metálica del casco, á falta de algunas planchas de forro exterior y de cubierta.

Las quillas de los torpederos números 14, 15 y 16 se han colocado en grada, siéndolo la del primero en 29 de Noviembre de 1913, y las de los dos últimos en 26 de Diciembre del mismo año, hallándose listos los modelos y en fundir las turbinas del número 14 y preparándose los del 15 y 16. Las calderas de dos de ellos se construyen en Cartagena, y las del otro por la Sociedad Española de Construcciones Metálicas, que las tiene muy adelantadas.

Las quillas de los torpederos números 17, 18 y 19 se irán poniendo en grada conforme vayan quedando á flote los torpederos actualmente en construcción, habiéndose pedido el material laminado para el casco del torpedero número 20.

La artillería para el armamento de la primera y segunda serie de los torpederos la construye Platería de las Armas, habiéndose probado en poligono y entregado en Cartagena los cañones de varios de dichos barcos.

En el taller de calderería de hierro de Cartagena está trabajando la nueva grúa aérea eléctrica, de veinte toneladas, quedando dicho taller habilitado por completo para la construcción de las calderas destinadas á los «destroyers» y torpederos y habiendo quedado instalado, además, para las diferentes obras de los buques un nuevo tanque destinado al galvanizado de todas aquellas piezas y efectos que lo necesitan.

Todo lo expuesto prueba inequívocamente la forma rápida y brillante como la Sociedad Española de Construcción Naval ha satisfecho sus compromisos con el Estado al encargarse de la realización del plan de la nueva escuadra, acordado por el Parlamento en Enero de 1908, y constituye una garantía más que suficiente del modo como podrá llevar á la práctica el proyecto de segunda escuadra presentado ya por el Gobierno y pendiente de la aprobación parlamentaria, á fin de que sea un hecho la creación de las fuerzas navales indispensables que garanticen la integridad de nuestro territorio y el respeto de nuestra personalidad internacional.

Al propio tiempo que satisfaga esos compromisos la Sociedad Española de Construcción Naval, en su deseo de mantener en constante actividad los astilleros y fomentar las varias industrias nacionales creadas y estimuladas por la construcción naval, dispónese á llevar á cabo importantes proyectos que contribuirán poderosamente al aumento de la riqueza de Cádiz y Bilbao y al mayor desarrollo de nuestra potencia industrial.

Para ello se construirá un astillero en Bilbao, en relación y de acuerdo con los Altos Hornos de Vizcaya, y se adquirirá la factoría naval que posee en Matagorda (Cádiz) la Compañía Transatlántica, sobre la base del volumen de obras que dicha Compañía proporcionará á la Sociedad de Cons-

trucción Naval, encargándole de la confección del material que necesite durante su contrato con el Estado, y la ejecución de las carenas y reparación de su flota, pudiéndose calcular que las nuevas construcciones de la Transatlántica comprenderán un mínimo de veinte vapores, con un valor de setenta y dos millones de pesetas.

DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS OORTAS

DEL PLAYAL

LA JÁBEGA

(Continuación.)

V

DISEÑ LOS DORTORES...

Dicen los sabios doctores que el amor, afección física y metafísica, es hasta el presente un mal que no tiene cura, y cuyas altas y bajas son un profundo misterio que toca al alma, y el alma escapa á los rayos X...

Tres meses se habían pasado desde la visita que á la *Moraga* hiciera su compare para anunciarla su traicionero querer. Y fué al fructificar de los parralles, al florecer de albahacas y jazmines, cuando comenzó á publicarse por la barrada que la mujer del patrón se entendía con el *Calebra*. La honradez de la *Pepa* cayó, en efecto, abatida en tierra, y fué su voluntad firme, firme cast columna de humo... Veletas y huracanes: tempestades del amor. ¿Explicar cómo y de qué manera?... ¡Ay! ¿Cualquiera ata cabos?... Fúe... Ignoramos cómo y por qué; pero ello fué: el imposible murió; se hizo polvo, y se aventó este polvo...

Sucedió que el *Calebra* hubo de guardar cama, de resultados de un peligroso accidente, con no sabemos qué calamidades al estómago, ni qué indole de calenturas abrasadoras. Sin acordarse de la maldad de aquel hombre, la *Moraga* auxilió, como siempre, á la menesterosa familia, y aun en ausencias de la *Caerás* cuidó por sí misma de él, que en su delirio no otro nombre que el de *comarsita* pronunció mil veces, no siendo otras sus frases sino aquellas las más propias, lo mismo para exaltar un espíritu y llevarle á la oración, que para hundirle y condenarle en la blasfemia: «Juan tié pa ti más años que quisie loros; tú eres una *calorri* mi renegra, que me estás matando; y ajogao me vi, y por tu cara fué, Macarena y Pastora mía... Dortores y dortores, y los dortores pa náa me sirven: son las salas y las arcobas y er cuarto oscuro der corasón los que por ti en mezelones purós se me están cayendo... Di que me *chanelas*, y ríete de Berlín...» De éstas y como éstas, eche usted y no acabe; y de besos y lágrimas á los cabezales, y vueltas en el jergón, no se diga.

El patrón no visitaba al enfermo á otra hora que por la mañana, y siempre le hallaba limpio de fiebre. Acaso esto fué una desgracia. Conforme mejoraba, parecía al *Calebra* que la *comars*, lejos de mostrarse ofendida y guardarle rencor, cada vez tenía más afectos y aun extremos para con él; comprendiendo que la piedra durísima en blanda era se convertía, y logrando, al cabo, y no por cierto con sobrehumanos esfuerzos, que al fuego de su oratoria experta toda la dicha era se derretiese.

Pero tales fueron las temerarias imprudencias de entrambos, cometidas en la confianza de que la amistad estrecha que á las dos familias unía sería el mejor sombrajo para proteger el mutuo ferocísimo visiteo y la reunión casi perpetua á que eran impulsados por su amor maldito, que al cabo, según se dijo, fué éste conocido del barrio entero, por el que rápidamente se extendió la noticia, llegando, por último — que nunca falta un informante de nuevas tales, — á oídos del infortunado esposo.

VI

* O L R A Y *

Olay, el maestro barbero. *Olay* era apodo: le cupo porque teniendo en el Limonar algunos altos parroquianos ingleses — *jackeys, chauffeurs*, — de cuyo idioma aprendía algunas palabras, que solía mezclar en sus conversaciones, era un hueco *All right* la acostumbrada rúbrica que ponía á sus tareas, á guisa del «Servidor», el «Está usted servido», y demás zalemas que entre los de su oficio se estilán. Era hombre ya entrado en años, y usaba gafas negras, que para trabajar se subía hasta la frente, con lo que aparentaba tener cuatro ojos.

Una mañana de domingo entró Juan Bautista en la barbería, y el maestro *Olay*, al indicarle para que se sentase el sillón que se hallaba franco de los dos que el salón tenía, notó que densa nube fatídica anublaba sus dos auténticos ojos, luego de saludarle torpemente y dejarle instalado, poniéndose pensativo y grave á preparar sus herramientas.

El otro sillón lo ocupaba á la sazón un parroquiano á quien, entre acalorado discutir de asuntos de toros, servía el único oficial de *Olay*. También á éstos debió impresionar la Legada del patrón, pues muy á poco de haberse él sentado cesaron en su polémica. Con ello comenzó un pesado silencio en la estancia. Batió el jabón en la jofainilla *Olay*, y el oficial hizo que aleteasen inquietas sus tijeras, y los leves ruidos que con tales maniobras formaron, parecieron estruendosos entre la calma reinante. Con las yemas de los dedos frotábase el mentón Bautista, aguardando las caricias de la brocha, muy echado hacia atrás y fijos los ojos en el inclinado espejo. Viendo por él al oficial, y extrañando que la tanrífica disputa hubiese cesado tan de repente, pronunció, sin variar de actitud:

«—No era tu toro er der *Gago*?..»

Estremecióse el oficial, y las tijeras callaron un momento. Luego, y mientras en el aire fingía cortar pelos con ellas, declaró, también mirando por las contrapuestas lunas:

«... Que er *Gago* tié más miedo que onse viejas en una fusión de fuegos artificiales, va osté á desirme: si lo sé, y lo confieso; pero esto en lo tocante ar mojen, náa más que en la cuestión der mojen; que con respecto á cogé un trapo ó unos pelos, que es adonde yo voy, ni er *Guerra*... ¡Vamos, que no hay quién!

«—Con trapo y á palo singlana ese velero que has mentado argo más que er *Gago*. ¡Er *Guerra*!... ¿Tú sabes lo que has largao, así, de gorpe?... La *Nadillos*, como si dijéramos, comató con un *ebinchorro*...»

Olay, que parecía avergonzado de repente del mal de San Vito, cortó la nuevamente iniciada discusión, dando una mirada rápida con sus ojos inferiores al oficial y dos brochazos sobre los morros al patrón. Negros eran los pensamientos que asaltaban al maestro mientras con experta mano hacía funcionar su brocha por entre las pobladas patillas de su buen vecino Juan; por nada en el mundo hubiera querido él originarle un disgusto, ni aun el más leve; y sin embargo, ello ahora precisaba. ¡Y qué disgusto, *God*? ¡Ahí era nada, el irle con el cuento!... ¡Ah! Mejor fuera rebuñarle el gazzate con uno de aquellos sutiles acoeros, y tranquilo dejarlo por siempre... Pero ¿había de consentir que tan rabal hombre, que amigo tan bueno, que tan formal parroquiano continuase en aquel su desairado papel... siendo mofa de todo el barrio y comidilla de viejas comadres?... Veamos: ¿el nada le decía; allá otro se encargara del asunto; conociendo quién era Juan, y qué era para Juan el querer de la *Moraga*, él callaba, por temor á la explosión primera de aquel tiburón, que de hijo la emprendería á coletazos y dentelladas, como primera providencia, con cuanto hallase por delante; bueno: callaba él, pero venía otro — de más habría, — y decía á Juan el cuento de su desgracia; Juan, vista la proximidad de su casa con el *salón*, estaba, pensando en lo cierto, que por fuerza hubo de ser el barbero el primero entrado del caso, y con ello entonces se le acreaba íterico y terrible, y le decía: «¡Gracias, maestro *Olay*: por usted no ha quedado... ¡Ay, maestro! ¿Qué amistad es la de usted, y cómo ha dejado usted que de un hombre como yo, que ha tragado mares, se rían los *charecos* y platiénes las *hendrosas* abuelas, *hsgando por entre respiciós*?..»

¡Maestro, maestro!... No me afite usted; arránqueme esta negra bolina que me ha nacido en la cara, y pisotéala también, si gusta, ó hubiérame dicho en un principio: Juan, amigo, esto y esto pasa; y te lo digo yo, porque mejor quiero verte arrastrando una cadena, que no haciendo papel tan ridículo en el mundo... ¿Así le hablaría Juan. ¿Qué hacer, pues?... ¡Charlar! ¡Allá todos los diablos! Ahora le tenía á mano, in good time. Quien la hizo, la pague... Pero, veamos de nuevo: poco á poco sí, por un lado, hacía bien con dar suelta á la lengua, y se quitaba además un gran peso de encima, por otro lado, ¿quién le aseguraba á él que permaneciendo su lengua muda, fijamente habría otras que hablasen? Y si sus lenguas que hablasen no había, y todas, cual lauya, compasivas, se estaban quejas, y Juan podía seguir á oscuras de traición tan eruenta y miserable, y en esta su obscuridad, feliz, pues ojos que no ven, corazón que no quebrantan, ¿qué pretendía él?... ¿Qué haría él con hablar?... El tiempo, que todo lo enfria y acaba y volatiliza, podría extinguir aquel insensato amor, y aquella mancha borrosa, y Juan, tranquilo en su ignorancia, habría pasado por sobre el infierno sin apercebirse... ¿Entonces, maestro?... ¡Lo que es por mí, ni palabra! Allá *comare* y su negro... ¡Ay, *comare!*... ¡La Chula, la Espelón, la Moragüita! la pobre niña que San Juan vivió quedar sin padres, tomándola y cuidándola como á un gran tesoro!... ¡Piese, fiese usted de virgenitas, de palomitas inocentes, de palabritas de ángeles!... ¡Ay, maestro Oray! ¿Quedar oculto esto? ¡Borrado esto!... Cosas son con que el tiempo no puede, y que, vamos, no deben caírlas... Ahora, que eoger á este buen hombre, aquí tranquilo y sonriente, y soplarle al oído todo lo más terrible que le pudieran decir, lo que le haría más daño que si á su propia madre, muerta, ofendieran; así, tan porque sí... ¡Oh, aquello era... *racking!*... Vuelta á la jofainilla la brocha, la temblorosa navaja bordó la pelambre agreste; Juan dormitó en tanto, hacia atrás echada la cabezota de lobo marino.

El tiempo volaba, volaba, y Oray, que quería abrir los ojos al vecino, no acababa de decidirse á ello. El oficial terminó su tarea, y el parroquiano de los toros saltó, echando á Bautista una mirada larga y decidida. Oray no cesaba en su espinoso meditar. Antes que quiso, empero, y quizá muy después que deseó, hubo de dar fin al rasurado de la barba de Juan, y maquinalmente lanzada, su frase sacramental hizo á este incorporarse en el sillón de un brinco.

— *All right!*—pronunció el maestro.
— *Very well!*—agregó el patrón, como de mar, hombre también versado en lenguas; y fué y requirió el chambergo, que al entrar dejara sobre una silla; sacó del seno un gran pañuelo de yerbas, de un anudado pico del cual extrajo dinero; pagó, y encaminóse á la puerta, con el dicho pañuelo sacudiéndose los polvos de la cara.

Aun con el mandil en una mano y los cuartos en la otra echó tras él Oray, y ya en la calle, le detuvo de un brazo, y rápido y ciego—con todos sus cuatro ojos,—le disparó al oído:

— ¡Bautista, que Dios sea con toos! El *compare* y la *Moraga*... la *Moraga* y el *compare*... ¿Estamos?... Toot el barrío lo sabe ya; *every where*, que díramos...

VII
FUEGO Á BORDO

Fué como fortísimo mazazo recibido en plena auge; sin habla quedó Juan un momento, y su mano amagó sobre Oray, al que luego atezó de un brazo, mientras murmuraba trabajosamente:

— *La Moraga y er compare*... Hable, diga en cristiano...

El maestro habló, explicándose. Pero el patrón, aunque mudo, y al parecer atento, no escuchaba; sentía algo como un punzador erizo in menuda de la garganta, y algo en el interior de su pecho, alojado en sus entrañas, que como pulpo mezelero se las apretujaba y retorecía. La verdad es la luz, y la luz no precisa de testigos para probarlos que alumbraba, pues con sólo su presencia nos convence. Juan vivió con la verdad en cuanto ésta surgió ante él, y reconstruyendo recuerdos en tanto el barbero se expresaba, quedó persuadido en un minuto de que,

desgraciadamente, era cierta y muy cierta la negra idea de que su esposa le engañaba; aun los mismos besos de ésta, que tanto abundaron últimamente, eran una prueba de su culpa, pues siendo falsos, habían, por fuerza, de ser muchos, para fingir uno valdeoro. Su mano se abrió, y el brazo de Oray quedó libre. En aquel instante no pensó Juan en venganzas ni recriminaciones; su pensamiento único fué huir pronto de allí, alejarse por cualquier medio rápido del Predregaló. Subió un trauvía del Palo, y en él montó sin volver la cabeza á la barbería y su vecina vivienda, en donde la *Moraga* acaso sonría á la sazón ante un último pipro del *Catebra*... ¡Xí cólera, ni desesperación, mientras era llevado por el Limonar arriba. Se apeó frente al paseo de la Farola, y por éste descendió hasta dar en la batería de San Nicolás, junto al arraque de la escollera. De frente al mar sentóse en una roca; en las mejillas los pulpejos de ambas manos y en las rodillas los codos, y una muy gruesa lágrima, la primera de sentimiento, quizá, de su vida, rodó y se perdió entre su recién peinado mostacho.

Dos interiores y contrarias voces le hablaban luego: la voz del Bien y la del Mal; la que rueda por el llano florido del perdón y del olvido, y la que puebla el escabroso y mustio sendero del castigo y de la culpa. Así hablaban: esto, al menos, les entendió él:

La voz del Mal.—Catorse rate je facea... Abordarte y romperle er mascarón, de una; desegua, brecha en la propia línea, y á la mar de bauprés; que se quee dormío en lo profundo; que la mar se lo trague... Por ladrón.

La voz del Bien.—Por singlar por tierra firme... Esta historia no es de á bordo, San Juan. ¿Pa qué te desembarcaste?... Vamos, leva y enfacha pa Gibraltar; enróláte de nuevo... Nán, desprecia; que un charrán y una mala hembra no sean tu perdición. La mejor gofetá, un escupitajito: ¡puafé! Al avío, y con arrastraeras; ¡délalos!

Á ninguna de las dos voces replicó Bautista. Abiertas las valvas de sus ojos húmedos, su vista resbaló por el mar hacia Levante, del lado de su bohío...

El mar dormía bajo limpio cielo: reinaba calma chicha, y el silencio de aquel retirado paraje sólo era interrumpido, á trechos, ya por lejanos martillazos de hierro contra hierro, en hueco, como de pernos de caldera que remachasen en el atraecador del Muelle Antiguo, ya por otros golpes que venían de la parte del carenero próximo, y eran sordos, como de madera sobre madera, dados, sin duda, por calafate que rellenaba con plástica las grietas de algún arcaico bastimento. Hacía calor y se oía alquitrán. Rumbó á Sudeste, allá por la altura del Puerto de la Torre, perdióse á la vista en el horizonte un translúctico, dejando separado en su pos el color de mar y cielo con negra franja de humo; de recalada, recogiendo la vela flácida en la embicada entena, un fatucho doblaba el Moro, á remolque de una buqueta con cuatro remos. Mientras, en el rebalaje, en cueros y panza arriba, á la solana, dos negros clavales tomaban una *cañoneta*.

ANTONIO PEDROSA.

(Concluirá.)

ENCANTO FEMENINO

Nada tan atractivo como una sonrisa graciosa en un rostro lozano.

Todo el mundo puede tener ese encanto irresistible de una linda boca que se entreabre, dejando ver los dientes deslumbrantes de blancura opalina, como adorno de una seductora fisonomía, en la cual la epidermis ostenta pureza irreprochable.

Estos dones no siempre son naturales, y aun cuando se tenga la fortuna de poseerlos, hay que atenderlos para que se conserven bien. Semejante resultado se obtiene con facilidad, merced á cuidados regulares é inteligentes. Gracias á su preciosa Verdadera Agua de Ninon, la célebre maudama de Lenclous conservó su hermosa hasta edad avanzadísima. Ahora bien, esta fórmula ha sido cuidadosamente guardada por la Perfumería Ninon, 31, rue du Quatre-Septembre, París, que vende á 6 francos el frasco, y lo que remite con porte pagado por 6 francos 50 céntimos. Este agua maravillosa evita y borra las arrugas, preserva de

herpetismos, rojeces y sabalones, y da al cutis hermosa sedena.

Puede conservarse la dentadura sana y nacrada usando, para quitarle el sarro, los Polvos Dentífricos de los Beneditinos del Monte Majella (1 franco 75 céntimos; con porte pagado, 2 francos 25 céntimos). Los mismos Padres fabrican también el benéfico Elíxir Dentífrico, que detiene el caries y calma los dolores de muelas (3 francos; con porte pagado, 3 francos 50 céntimos), y la Pasta Dentífrica, que fortifica el esmalte dándole transparencia (2 francos; con porte pagado, 2 francos 50 céntimos). Estos excelentes productos se encuentran en la casa del Administrador, M. E. Senet, 35, rue du Quatre-Septembre, París.

PARA SU GABALLO, Señor!
Para su curación de las COBRIERAS ANTIGÜAS ó RECIENTES, *Cobras, Escarabajos, Formas, Escorpiónes, Arácnidos, Moscas, Pulgones, etc.*
UNGÜENTO ROJO MERÉ
Substituye al FUEGO sin dejar cicatrices.
Único preparador, P. MERÉ DE CHANTILLY, en Orléans (Francia)
DIRECCIÓN Y FARMACIA

LA ROSE FRANCE, perfume de la flor. *Houbigant*, perfumista, París, 19, Faubourg St Honoré.

Hotel St. James & d'Albany.
211, RUE SAINT-HONORÉ, y 202, RUE DE RIVOLI
Paris.
El más céntrico; 300 habitaciones. Departamentos con cuartos de baño. Gabinetes de toilette, modernos, con agua caliente y fría. W. C. Ascensor, Calefacción higiénica por agua caliente á todos grados. HABITACIONES desde 5 frs. diarios; ídem con cama de matrimonio, desde 8 frs.; ídem con dos camas, 9 frs. Luz eléctrica y servicio comprendido. Desayuno, 1.50 frs. Almuerzo, 4 frs. Comida, 6 frs. Pensión completa, desde 12, 14, 16, 18 frs. día.
A. LERCHÉ, Director propietario.
Dirección telegráfica: Hotel-St-James-Paris.

ESTÓMAGO 6 intestinos. Abilidad, anemia: curación radical con la INGLUVINA GIOL. De venta en las principales farmacias.

Aguas de Cestona
ÚNICAS PARA EL HÍGADO Y ESTREÑIMIENTO
Precio: 1.25 ptas. en farmacias y droguerías.
Depósito: PLAZA DEL ÁNGEL, 16, Madrid.

AJEDREZ

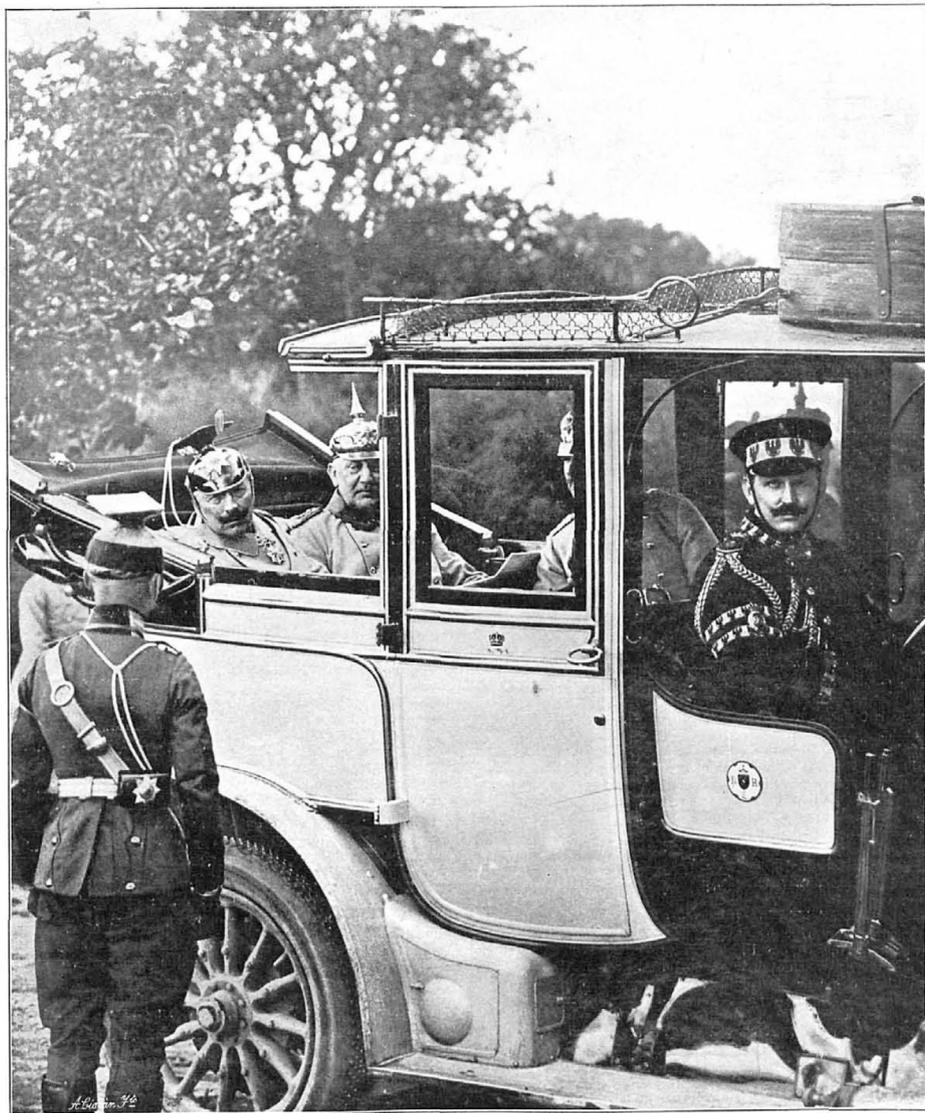
PARTIDA DE PIÓN DE DAMA		PARTIDA FRANCESA	
BLANCAS	NEGRAS	BLANCAS	NEGRAS
Niemzowitch.	Tarrasch.	Forest.	Olland.
1 P4D	1 P4D	1 P4R	1 P4R
2 C3AR	2 P4AD	2 P4D	2 P4D
3 P4AD	3 P4R	3 P4P	3 P4P
4 P4R	4 C3AR	4 C3AR	4 C3AR
5 A4D	5 C3AD	5 A4D	5 A5CR
6 Enroque.	6 A4D	6 Enroque.	6 C3AD
7 P3CD	7 Enroque.	7 T4R+	7 A2R
8 A2CD	8 P3CD	8 P3AD	8 Enroque.
9 C2D2	9 A2CD	9 C2D2	9 T4R
10 T4AD	10 D2R	10 C1AR	10 D2D
11 P5-PD	11 P4R-PD	11 P3TR	11 A-C
12 C1TR	12 P3R	12 D-A	12 C1D
13 C3KAR	13 T4D1D	13 A5CR	13 C3R
14 P4-P	14 P4-P	14 A-C	14 A-A
15 A5CD	15 C3R	15 C3R	15 T4D1D
16 A-C	16 A-A	16 C4R	16 A3R
17 D2AD	17 C-C	17 P4TR	17 A-P
18 C-C	18 P5D	18 D3TR	18 D3R
19 P4-P	19 A-A+PT+	19 T-C	19 P-T
20 R-A	20 D3TR+	20 P3CR	20 P4TR
21 R1CR	21 A+PC	21 C3R	21 A3AR
22 P3AR	22 T4TR	22 D-P	22 P4CR
23 C3R	23 D3TR+	23 T4R	23 D3CR
24 R2AR	24 A-C	24 C1CR	24 T3R
25 P3D	25 P4AR	25 T3R	25 P4R
26 D2AD	26 D7CR+	26 A7TR+	26 R1A
27 R3R	27 T5-C+	27 T3AR	27 T3AR
28 P-C	28 P5AR	28 A3CR	28 P3R
29 P-C	29 T4AR	29 T3AR	29 T2D2
30 R3R	30 D7CR	30 A-C	30 T-A
31 R3R	31 T4R+	31 C-A	31 T-C
32 R7D	32 A3CD+	32 T-PC	32 D2AR
		33 D7T+	33 Abandonan.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO LVIII

MADRID 30 DE SEPTIEMBRE DE 1914

NÚM. XXXVI



EL EMPERADOR DE ALEMANIA, GUILLERMO II, CON EL CONDE DE MOLTKE, EN EL ACTO DE RECIBIR NOTICIAS DE LA CAMPAÑA

LA GUERRA EUROPEA!

Fot.ª de Central News.

dente. Pero ¿cuáles son los caracteres morales del Kronprinz, sus ideas, su personalidad, sus antecedentes políticos?

Cuando el Kronprinz escribió la carta transcrita en 1907, tenía veintisiete años. Fué su primer acto político. Hasta entonces se creía en Alemania que el heredero al trono sólo se interesaba vivamente por el *sport*. Los periódicos satíricos alemanes lo representaban en traje de *lawn-tennis*, con el oído puesto en la cerradura del despacho de su padre, en actitud de esnchar, mientras el Kaiser celebraba Consejo con sus Ministros. Pero todavía se creía, á pesar de la carta que dió motivo al ruido incidente, en que el heredero no era más que un *sportsman*.

En las cuestiones surgidas sucesivamente, en las que el criterio del Kaiser prevaleció, y que fueron interpretadas en Alemania en uno ó otro sentido, se atribuyeron al Kronprinz posiciones contrarias á su padre.

Hoy en Alemania se cuenta del Kronprinz que es un admirador de Napoleón el Grande; que su despacho está repleto de libros sobre la vida y las campañas de Bonaparte; que el retrato de Napoleón ocupa lugar preferente en este despacho; que es la esperanza del partido pangermanista, y, con irreverencia, se habla incluso de *canarrillas*. No es creíble; nos limitamos á aportar datos que, fríamente, puedan informarnos.

Pero faltan los dos hechos culminantes: la publicación del libro de Paul Limann, *Der Kronprinz. Gedanken über Deutschlands Zukunft*, y el discurso que el jefe de los conservadores alemanes, Heydelbrand, pronunció en el Reichstag, con motivo del incidente de Agadir.

Paul Limann pertenece á la *Leipziger Neus-Nachricht*. Es un nacionalista convencido, incansable. Su libro es una apología del Kronprinz. Antes de este libro —detalle interesante— había publicado otro libro contra el Kaiser. En Alemania hay una gran amplitud de criterio para juzgar en la Prensa, tanto satírica como diaria; en el libro ó en el Parlamento, los actos y la persona del Kaiser.

Limann dice:

«Este libro debe contribuir á la defensa de Alemania. En este momento de tendencia democrática debe suscitarse reflexión en el pueblo. No debe este libro destruir, sino edificar. Debe despertar la fe en el porvenir y desechar todo desolado pesimismo. Por esto, este libro debe representarse al Emperador del porvenir tal cual es como un hombre diligente y consciente, trabajador entusiasta, que, libre de autoidolatrías, elige como guías de sus destinos futuros la seguridad de nuestra nación y el honor del nombre germano. Y continúa Limann: Un príncipe no debe tener otro objeto, ni pensamiento, ni aprender cosa alguna ajena á su arte, que la guerra, el orden y la disciplina de ella.»

Añádase á esto lo que sigue. Es del diario de caza del Kronprinz: No quiero haber literatura; las bridas, el bastón de montaña, el fusil, son instrumentos, son en mis manos instrumentos más útiles que la pluma. En unas maniobras militares, en el momento de una furiosa carga de Caballería, se lo oye exclamar: «¡Lástima que el enemigo no sea real!»

Según Limann, el Kronprinz Federico Guillermo de Hohenzollern es pangermanista; cree que el pacifismo es antigermano. «En Alemania no ha llegado todavía el momento para emplear los brazos en la obra de trabajo de los otros, pues el predominio de los intereses mercantiles puede conducir á la ruina del Imperio; más bien es preciso estar siempre dispuestos á empuñar el fusil y la espada.» Y añade Limann que el Kronprinz es el Kaiser de «puño de hierro» que necesita Alemania, en lugar de la política pasiva y contemporizadora de Guillermo II.

Limann historia la vida del Kronprinz y encuentra datos, rasgos, que confirman su aserto y exaltan su confianza en el Kronprinz como el futuro Kaiser ideal.

En efecto, desde que el Kronprinz comenzó á exteriorizarse políticamente, rara vez ha estado de acuerdo con su padre. La primera discrepancia fué su matrimonio. Contra la razón de Estado, invocada por el Kaiser, el Kronprinz hizo un matrimonio de amor. Desde entonces las relaciones entre padre é hijo se enfriaron visiblemente.



EL FUTURO REY DE ALBANIA, HIJO DE ABDUL HAMID, EX SULTÁN DE TURQUÍA

Fot.ª de Chusseau-Flaviens.

El discurso de Heydelbrand dió lugar á uno de los incidentes más ruidosos de la vida del Kronprinz. Se discutía el acuerdo con Francia sobre Marruecos, después del golpe de Agadir. Sabido es el disgusto que causó entre los nacionalistas alemanes el acuerdo. He aquí el juicio que merece á Limann: No aumenta el prestigio del pueblo alemán el mandar buques á Agadir, flamear la bandera á lo lejos y escapar cuando se presenta el adversario.

Cuando se discutía el tratado con Francia en el Reichstag, el jefe de los conservadores, Heydelbrand, pronunció un formidable discurso de censura, de ataques contra el Kaiser. El Kronprinz asistía, desde la tribuna, á la sesión, y subrayó con gestos inequívocos de aprobación las críticas más duras contra Guillermo II.

¿Qué pasó luego? El acto del Kronprinz produjo extraordinaria sensación. Días después, ya terminados los debates en el Reichstag, parece ser que el Kaiser dijo á su hijo: «Si quieres protestar contra la política del Gobierno, dirige directamente al Cancellier. En forma fina, con una bella cartita, cortésmente; pero escríbela tú, que salga de tu cabeza; sin embargo, haz corregir los errores de ortografía.»

El Kronprinz no desatendió el consejo. En la primera ocasión puso en práctica el procedimiento. Se trataba de la boda de su hermana la princesa Victoria Luisa. El duque Ernesto Augusto de Cumberland, esposo de Victoria Luisa, adquirió, por su boda, el derecho á recuperar el trono de Braunschweig, el cual había declarado el Gobierno que no podía ser ocupado por los Cumberland sin una renuncia formal de Hannover. El Kronprinz escribió inmediatamente al Cancellier haciéndole observar la anomalía de una tal concesión.

El episodio transcrito por la Prensa en los primeros días de la guerra, es posible. El pangermanismo tiene un gran entusiasmo por el futuro Emperador. En la incertidumbre de estos momentos

es difícil saber la parte que pueda corresponder al Kronprinz en las decisiones del Kaiser.

El Kronprinz no es, precisamente, el retrato del Kaiser. Su temperamento se inclina más á los extremos que á las actitudes intermedias, que habían sido hasta ahora las características de Guillermo II.

Pasados los episodios de la epopeya que está escribiendo ahora con sangre Europa, se podrá inquirir la verdad. El problema consiste, sin embargo, en saber antes si será posible restablecer los hechos sobre un plano real, que nos diga qué es lo que ha sucedido.

JUAN GUIXÉ.

DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS CORTAS

DEL P L A Y A L

LA JÁBEGA

(Conclusión.)

Las dos voces hablaron de nuevo. Dijo la del Mal:

«¡Mata! Ya ves lo que contigo han hecho, cuando tanto el uno como la otra deberían de besar donde pisaras! No tien pa pagarte más que un cobre: el del forro.»

Y la del Bien:

«—Xaa te jisteron los chieuelos del *Calebra*, y náa su mujer; y tú, sin embargo... ¿Que?... ¿Que náa con éstos quieres?... ¡Te parece poco er dejarlos sin padre, sin sostén!... Caya y escuch: de matar, mata á tu jembra... ¡Ah, vamos! ¡Á ésa no!... No no podrías, dises... Bueno: entonses á ninguno; larga trapo, y avante: haz lo que te dije...»

El pecho de Juan se desgarró en un sollozo... ¡La mala madre que parió al renegao!... ¡La negra sangre que lo engendrò!... Era poco, muy poco arrancarle los ojos y pisotearle la asquerosa jeta, deshecho en cachos como anises, picao pa arlòndigas!... ¡Mal ladrón, Judas!... ¡No, no remedio, en fin, toa su sangre, toita... ¡ata la última gota!...»

Irguióse, y su ancha mano dió con fuerza contra su propio rostro; rugió; sus ojos fulminaron una sentencia irrevocable...

Anduvo luego playa adelante, muy aprisa; mas al llegar junto á los dos encenerinos zagales, detóvose en seco.

VIII

CATORSE RALE JE FACA

Sonriendo á un papel pajizo que llevaba en una mano, en alto, y abriéndose camino con el brazo libre, el *Calebra* se destacó de entre el gentío apañado junto á la tarquilla de la Plaza de Toros. Aquella dominguera tarde iba vestido con chaqueta y pantalón de buen género inglés, azul muy claro; faja celeste; sombrero cordobés, negro, con barboquejo mal escondido bajo la copa, y adorno por entre la cinta con sonrosados palpos de cigala; camisa blanca, escarolada—como de *darse*; que decía la *Cuerna*,—sin corbata, pero sí cerrada arriba con dos gruesos botones de filigrana dorada, y botas de piel corinto; la cara limpia de pelos, y los tufos de la afección, no muerta aún, abiertos y rizados á lo *cañi*. Al salir á terreno claro, cogió el botijo de una vejía vendadora de atramuecos, lo suspendió sobre su boca y recibió en ésta el limpio chorro; con lo frío del agua se le hubieron de calar los malparados dientes, y entornados los ojos unos segundos, en dolorido gesto, volvió al suelo la cabeza, echando dentro del vaso que inmediato había, una *perra*. Como aun no era cosa de meterse en la *sartén*, por faltar mucho tiempo para la corrida, pasó á paso avanzado, liando un pitillo, hasta llegar á la frontera y muy remembrada taberna denominada *Circulo de las Almejas*, y entró y se dejó pedir una *mitaila e solera* y media *osena e ostiones*, á la vez que tiraba de meclero y encendía el pito.

Pero aun no le habían acabado de servir, cuando, por arte, sin duda, de Lucifer, que no cesa jamás de destrenzar horrores, penetró en dicho *circulo* el *compare* Juan Bautista, suelta la faja, torva y chispeante la mirada, extremadamente

pálida la faz. El corazón se le paralizó repentinamente al Culebra, y la saliva se le fué de la boca, presintiendo que era llegado un muy mal trance para él. Reportóse, sin embargo, y fuése recto al compare, ofreciéndole la entrada de toros — una hermosa contrabarrera de sol, de junto al chiquero, — al mismo tiempo que, con voz que aparentaba seriedad, decía:

— Se sacará otra, compare. ¡Si hubiera usted avisado!...

Sau Juan le arrebató la entrada y la desgarró en mil trozos, arrojándolos al suelo; luego se sentó á la mesa en que prepararon el servicio, y con trágica frialdad se escanció un vaso de vino, que apuró sorbo á sorbo. Por ser grande el barullo que en aquella hora reinaba en la taberna, la acción de Juan pasó inadvertida. El Culebra comprendió por ella que su presenciamiento no le había engañado; pero dominando un primer arrebató, sentóse, dando frente al patrón, y quedó en espera de males mayores, barruntando que no tardarían en hacerse presentes. Tras un rato de mortal silencio, habló, en efecto, bautista.

Mucho tendríamos que parlamentar de bordo á bordo, Culebra — dijo contentándose y porfando por amortiguar su acento: y si te dijera too lo que eres, y too lo que sienta al verte tan planchao y tan peñao, es flojo, aunque parecen exagerar, que iban á salirte, á ti, los colores al mascarón; pero ya tendrás presente que no son ni fuerte los parlamentos, y que siempre me ha gustao er gastá poca saliva; sé quién eres; sé lo que has hecho conmigo; y de lo que yo contigo he hecho, no hablo, porque es nobleza orvitarlo con que no inores esto ni sabé, basta. Ya pues, areñá que uno de los dos está de nones en er mundo, y que yo he de singular en regla pa ganarte er barlovento; más claro que quiero que er que está de nones seas tú. Esto, Culebra, en cuanto al rol: ahora vine er libro o libéora. No es otro sino er documento presente, que te entrego y te mando guardar, no por tí, que ya fiés tomá la última edma, sino por tu mujé y los churumbelos, que de náa tien culpa, y es gusto mio er que sigan al largo sin escorá cuando tu mala sombra les farte.

El Culebra tomó de manos de Sau Juan el documento que éste le presentaba, y se puso á deletrearlo. Era un recibo en el cual el patrón reconocía haber cobrado de su compare una última cantidad, declarando que con ella terminaba de percibir el total de cierta imaginaria suma en que le tenía vendido su arte de jábega y la embarcación, las cuales, en consecuencia, dejaban de pertenecerle desde aquella fecha.

— ¿Es su gusto er que lo guarde, compare?...

Juan Bautista había sacado su pipa, que cargaba; nada contestó. Quiso el Culebra seguir hablando, mentir, disculparse; hacer ver al patrón que nada de su erencia tenía fundamento, y que si algo le dijeron, quien habló, calumnió villanamente... Pero la profunda y noble mirada que halló delante de sí cuando fué á comenzar, pareció comunicarle vergüenza para ahorrarle la mentira después de la traición más ruin. Además, cobarde no lo era, que más de una vez arrojó con frío valor la muerte; y conociendo á fondo á Juan, y suponiéndole, vistas sus extremas resoluciones, por completo enterado y con evidentes pruebas de su crimen, terminó por desechar todo proyecto de comedias, que habían de ser inútiles, decidiendo arrostrar serenamente el lance.

— Dize osté bien, Bautista: poco parlamento, ya que lo jectó no púe borrarse con palabras. Cuando osté quiera...

Con euyas terminantes frases, y luego de apurar má á mano el solera, sin catar los ostiones, salieron de la conocida taberna, caminando silenciosos en busca de un rincón solitario de la playa. Cuando pasaban por detrás del Coso sintieron el estallar en éste de una gran salva de aplausos con que el público acogía el paseo de las cuadrillas de flojo. El Culebra parpadeó fuerte é hizo corto su andar; Juan Bautista siguió adelante, solo, sombríamente inclinada la cabeza, y en esta disposición marcharon ambos, hasta entrar en la playa, por una calleja á Poniente de los Baños.

Una mala idea germinó entonces en la rastrera imaginación del Culebra: iba recto á la muerte cuando precisamente se le brindaba la vida libre de apuros, gracias al documento que en su poder tenía. Nada: una temporada á la sombra por un homicidio hecho en propia defensa, y listo, Juan,

celoso, quiso atacarle...; él se anticipó... No pasó más. La cosa no era para pensarla mucho, ni su resolución podía demorarse. Su mano se hundió lenta en el bolsillo interior de la chaqueta y se armó de enorme faca, cuya vaina retiró con los dientes y escurió. Avanzó luego con andar de lieva, buscando las espaldas de Bautista; deseargó el golpe.

— ¡Así eres tú, baboso! — rugió Sau Juan, volviéndose y encogiéndose, cual si estuviera sobre aviso; y amparándose con su brazo izquierdo, — ¡Ahora va el míto...! — siguió. — ¡Paralo!...

En mitad de las blondas de la pechera del Culebra, hasta el mango hundida, quedó la herramienta del patrón... Una flecha no hubiese herido más rápida. Moribundo, soltó aquél su arma, porque con ambas manos pretendió arrancarse del pecho la otra. Y un momento fué agitado en convulsión inmensa, y giró sobre sí, se hundió y se irguió en la arena y anduvo pasos inciertos, y, por fin, dió de bruces en la propia orilla, la cara dentro del mar...

Un carabinero se acercaba por la ribera á todo correr, machete y tercerola sujetando á los cuadriles, porque no le embarzaron. Cruzado de brazos, serpeante la faja por entre las piernas, inmóvil la mirada, Juan sentía el hondo gemir de las olas, que llegaban á morir tranquilas, y que, al extenderse por tierra, se desgarraban, los encañes blancos de sus mortajas festoneando de rojo.

ANTONIO PEDROSA.

LAS ÚLTIMAS MODAS

El arte del embellecimiento femenino por medio de los afletes estuvo muy en boga en la época de Luis XV; felizmente, este arte ha progresado, y hoy, en vez de emplear plúmpas, siempre visibles y perjudiciales, existen productos higiénicos y saludables que satinan y hermosean el cutis. Uno de ellos es la Verdadera Leche de Ninon, preciosa receta descubierta por la Perfumería Ninon, 21, rue du Quatre-Septembre, París, en un libro antiguo que perteneció á la encantadora Ninon de Lençois. Este producto da á la piel blancura delicada, y lo emplean todas las damas para embellecerse el rostro, el cuello y los hombros. Existe preparado en tres matices, blanco, rosado y moreno, al precio de 5 francos ó 5 francos 85 céntimos con porte pagado.

Como el cutis, los cabellos reclaman cuidados asiduos para mantenerse hermosos, largos y abundantes, un medio excelente de conseguir esto, consiste en usar el Extracto Capilar de los Benedictinos del Monte Majella, que fortifica los cabellos, hace que vuelvan á brotar y detiene siempre su decoloración. Á fin de evitar falsificaciones conviene pedir este producto á su administrador, M. E. Sener, 35, rue du Quatre-Septembre, París, que lo facilita al precio de 6 francos, y lo envía con porte pagado por 6 francos 85 céntimos.

SABINA DE VILLERS.



La Lozania de la juventud puede conservarse durante mucho tiempo empleando preparaciones conocidas y apreciadas como la Crème Simon, acompañada de preferencia del Polvo de arroz Simon, y evitando hacer uso de todos los demás cosméticos incompatibles.

Hotel St. James & d'Albany.

211, RUE SAINT-HONORÉ, y 202, RUE DE RIVOLI. El más célebre de 300 habitaciones. Departamentos con cuartos de baño, Gabinetes de toilette, modernos, con agua caliente y fría, W. C., Ascensores, Calefacción higiénica por agua caliente á todos grados. HABITACIONES desde 5 frs. diarias; idem con cama de matrimonio, desde 8 frs.; idem con dos camas, 3 frs. Luz eléctrica y servicio comprendido. Desayuno, 1.50 fr. Almuerzo, 4 frs. Comida, 6 frs. Pensión completa, desde 12, 14, 16, 18 frs. día. A. LEROUX, Director propietario.

Dirección telegráfica: Hotel-St-James-Paris.

El perfume IDEAL

Exquisito perfume. Honbigan, perfumista, París, 19, Faubourg St. Honoré.

EL GAITERO. Illustration of a man with a bagpipe. SIDRA CHAMPAGNE. Valle, Ballina y Fernández. VILLAVICIOSA (Asturias).

Aguas de Cestona. ÚNICAS PARA EL HÍGADO Y ESTREÑIMIENTO. Precio: 1,25 ptas. en farmacias y droguerías. Depósito: PLAZA DEL ÁNGEL, 16, Madrid.

PARA SU CABALLO, Señor! para la curación de las ENFERMEDADES de las VIAS RESPIRATORIAS. ARSECALINA MERE. Poderoso Reconstituyente. Efectos Sorprendentes.

AJEDREZ

Table with chess moves and solutions. Columns: GAMBITO DE DAMA REUSIDO, PARTIDA LÓPEZ, BLANCAS, NEGRAS, BLANCAS, NEGRAS. Includes moves like 1 P4D, 2 C3AR, 3 P4AD, etc.